

José Ortega Spottorno
(1916-2016)

Un editor, puente entre generaciones

Edición a cargo de Mercedes Cabrera

Alianza editorial

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Reservados todos los derechos.

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© *Herederos de D. José Ortega Spottorno, Mercedes Cabrera, Juan Pablo Fusi Aizpurua,
Francisco García Olmedo, José María Guelbenzu, Diego Hidalgo, Santos Juliá,
José Lasaga Medina, Azucena López Cobo, Javier Zamora Bonilla, 2016*

© *Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016*

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-548-9

Depósito legal: M. 34.580-2016

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Presentación, *por Mercedes Cabrera*
- 21 Vida y vivencias de José Ortega Spottorno: Tradición e innovación en la cultura española (1916-2002), *por Javier Zamora Bonilla*
- 129 En la estrella del padre, *por José Lasaga Medina*
- 153 José Ortega Spottorno: la persona, *por Diego Hidalgo*
- 165 Aquellos agrónomos, *por Francisco García Olmedo*
- 175 Revista de Occidente, el renacer de una editorial en el erial del franquismo, *por Azucena López Cobo*
- 209 Los años sesenta o la conflictiva estabilidad de una situación transitoria, *por Santos Juliá*
- 237 Revista de Occidente (1963-1977), *por Juan P. Fusi Aizpurua*
- 251 José Ortega Spottorno y Alianza Editorial, *por José María Guelbenzu*
- 271 José Ortega Spottorno, presidente fundador de PRISA y de *El País*, *por Mercedes Cabrera*
- 309 Nuestro padre, *por José, Inés y Andrés Ortega Klein*

Apéndice de textos de José Ortega Spottorno

- 315 1. Carta a su padre del 16 de julio de 1931.
- 316 2. Postal a su padre del 10 de enero de 1932, desde París.

- 316 3. Carta a sus padres del 31 de octubre de 1939.
- 317 4. «Por un periódico liberal», *El País*, 19 de febrero de 2002.
- 319 5. «Por la cultura y la libertad de expresión», *El País*, 16 de junio de 1977.
- 320 6. Entrevista (1981): «La historia de Alianza: Ortega, Salinas, Pradera, Gil, Hidalgo»
- 323 7. «Una aventura que mereció la pena», *El País*, 20 de junio de 1984.
- 325 8. «Amigo y tocayo», *El País*, 2 de junio de 1986.
- 328 9. «1916», *El País*, 8 de junio de 1986.
- 337 10. «El nombre de los periódicos», *El País*, 4 de junio de 1990.
- 341 11. «El último tranvía», *El País*, 23 de septiembre de 1996.
- 343 12. «El entusiasmo y el deber», *El País*, 14 de noviembre de 1996.
- 347 13. «Los jóvenes y la Constitución», *El País*, 26 de mayo de 2000.
- 353 Notas a los ensayos
- 365 Índice onomástico





José Ortega Spottorno (hacia 1966).

Página anterior: José Ortega Spottorno durante su exilio en París (hacia 1936).

Presentación

MERCEDES CABRERA

José Ortega Spottorno dijo en más de una ocasión que su vida había estado marcada por décadas. Nació en 1916, y sobre ese año “de gracia y desgracia” escribió un artículo, «1916» (*El País*, 8 de junio de 1986, ► Apéndice), en el que después de recordar el horror de la matanza de Verdún, rendía homenaje a otros cuatro personajes que nacieron aquel mismo año: el “poeta comprometido” Blas de Otero, “el violinista más grande del mundo” Yehudi Menuhin, el “dueño del castellano” Camilo José Cela, y F. H. Crick, el premio Nobel descubridor del ADN. Lo cerraba con la cita de un cúmulo de acontecimientos ocurridos en él, entre ellos el inicio de la decadencia del periódico que había publicado su abuelo, *El Imparcial*, fundado por su bisabuelo Eduardo Gasset y Artime y cuyo famoso suplemento, *Los Lunes*, dirigió su abuelo José Ortega Munilla, o el primer viaje de su padre, el filósofo Ortega y Gasset a Argentina. Toda una declaración de sus aficiones, de sus preocupaciones y de su enciclopédica curiosidad.

A José Ortega Spottorno le habría gustado saber que este año, 2016, en el centenario de su nacimiento, se celebran también los aniversarios de sus principales iniciativas, que jalonan las décadas

que él señalaba como hitos en su vida: la tragedia de otra fecha, la de 1936, la vuelta de su padre a España en 1946. En 1966, la ampliación de actividades de Alianza Editorial permitió iniciar la publicación de *El Libro de Bolsillo*, gran éxito, que conmemora ahora su cincuentenario. Diez años más tarde, el 4 de mayo de 1976 salió el primer ejemplar de *El País*, el periódico lanzado por PRISA, que José Ortega había fundado cuatro años atrás. *El País*, la última de sus creaciones, cumple este año su cuarenta aniversario.

José fue el menor de los tres hijos de Ortega y Gasset. Era ingeniero agrónomo, entre otras razones porque su padre le aconsejó que estudiara una carrera técnica. No se arrepintió, la ejerció en contados momentos y guardó siempre el interés sobre los temas relacionados con ella. Además, otros ingenieros, compañeros de estudios o conocidos con posterioridad, le acompañaron y ayudaron de manera determinante en sus empresas. Pero, como contestó a Joaquín Soler Serrano en una entrevista en televisión, en mayo de 1976, en cuanto terminó sus estudios y pudo decidir por sí mismo, se dedicó «no a las hojas de las plantas sino a las hojas de los libros».

En esa dedicación a las hojas de los libros —y de la prensa— compaginó el empeño en conservar y continuar la obra de su padre, tarea a la que se dedicó con profundo sentido del deber reanudando las tareas editoriales de *Revista de Occidente* y también la publicación mensual, con las iniciativas propias, la fundación de Alianza y de *El País*, en las que se volcó con entusiasmo. Desde esas atalayas fue testigo y también protagonista de las radicales transformaciones ocurridas en la España del siglo xx, pasada la fecha que marcó otra de sus décadas, 1936. José Ortega tendió puentes entre la generación de intelectuales, artistas y escritores que había acompañado a su padre en las primeras décadas del siglo xx, la llamada Edad de Plata de la cultura española, y las generaciones más jóvenes que despertaban

en la dura España de la posguerra y, sobre todo, las que crecieron y se educaron en los años cincuenta y sesenta, y fueron actores y protagonistas de la transición a la democracia.

Fue capaz de mantener la memoria de los primeros, de los que fueron al exilio y de los que se quedaron, brindándoles cobijo y posibilidades de publicar sus obras, y al mismo tiempo puso en marcha iniciativas originales, empresas modernas y adaptadas al requerimiento de los nuevos tiempos, tanto en el mundo editorial como en el periodístico, donde escribieron los más noveles.

Fue un empresario de la cultura cuyas acciones resultaron claves en la formación de las generaciones que protagonizaron la transición a la democracia en España. La inmensa mayoría de ellos se inició en la lectura de los clásicos y los modernos gracias a Alianza Editorial, los mismos que probablemente se convirtieron después en lectores y muchos también en colaboradores de *El País*. Cuando fue designado senador real en las primeras Cortes de la democracia, aceptó el cargo porque entendió que no había sido nombrado como político, sino como un ejemplo de respeto a la creación intelectual y de defensa de la libertad de expresión, que creía haber mantenido en todas sus empresas culturales. No había tratado sino de continuar, en la medida de lo posible, las fundadas por su padre, «con el empeño de contribuir a la formación de una España europea, más culta y realmente libre». Le tranquilizaba pensar que su designación como senador tenía ese significado y que no era un puesto vitalicio, que incluso podría llegar a desaparecer, como efectivamente ocurrió («Por la cultura y la libertad de expresión», *El País*, 16 de junio de 1976).

Tímido, pero a la vez enérgico en el trato y minucioso en la atención a sus múltiples tareas, dedicó muchas horas a sacar adelante sus iniciativas, en situaciones de penuria a veces, con la sorpresa del éxito económico en otras. No fue nunca tarea fácil. Demostró su capa-

cidad para allegar recursos, tirando de sus amistades y conocimientos, que eran muchos, y movilizándolo también a las instituciones. El reconocimiento a su apellido ayudaba, pero no le eximía de la obligación de ser tenaz, que lo era. Tampoco de las responsabilidades que siempre asumió en la persecución de sus objetivos, y que le ocasionaron más de un disgusto. No sacó rédito personal de los errores que pudo cometer, que le procuraron perjuicios económicos, además de sinsabores y disgustos.

Consciente de las estrecheces, de las carencias de todo tipo y de las limitaciones impuestas por la censura tras la guerra civil, recuperó sin embargo la actividad de la editorial Revista de Occidente e inició, ya en los años sesenta, una segunda etapa de la revista mensual, al calor de la relativa liberalización que supuso la Ley de prensa del ministro Fraga Iribarne, y posteriormente una tercera etapa con formato más moderno. Excelente conocedor de las peculiaridades y de los problemas de la industria editorial, supo adivinar la oportunidad que ofrecía la ampliación del público lector en los años sesenta del pasado siglo. Entendió que llegaba la hora de modernizar el sector editorial abriéndolo a un público mucho más amplio, sin abandonar la preocupación por la calidad de los libros que se publicaban. Para ello fundó Alianza y supo rodearse de quienes consideró los más aptos para responder con él a los desafíos, depositando en ellos su confianza y concediéndoles la máxima independencia. Siempre reconoció en público que Alianza no habría sido posible sin la participación, entre otros, de Jaime Salinas, Javier Pradera y Daniel Gil.

La misma perspicacia tuvo para adivinar la necesidad en España de otro tipo de periódico, independiente y capaz de medirse con la mejor prensa de otros países. Tenía a sus espaldas una larga tradición familiar, que conocía muy bien y de la que siempre se sintió orgulloso. Acarició por primera vez la idea a mediados de los sesenta, pero

no la puso en marcha hasta comienzos de la década siguiente, cuando vio que el régimen franquista se agotaba, convocando de nuevo los apoyos de quienes compartían sus objetivos. El nacimiento de *El País* fue un proceso largo que no culminó hasta después de la muerte de Franco. Fue un éxito casi desde el comienzo, pero pocos como él supieron de sus problemas y dificultades, de las rivalidades y desencuentros entre quienes estuvieron juntos en los inicios. Escribió primero y defendió después los principios ideológicos fundacionales frente a quienes pregonaron que el periódico los había traicionado. Su posición, que le costó comentarios muchas veces denigrantes en la prensa y más de una denuncia ante los tribunales de las que siempre salió indemne, resultó finalmente decisiva para la consolidación de *El País*. También aquí reconoció el mérito de quienes le acompañaron, fundamentalmente de Jesús de Polanco, el consejero delegado, al que conocía de antes como empresario editor; de Juan Luis Cebrián, el director en la época fundacional del periódico, y de Javier Baviano, el primer gerente. En 1984 consideró que su tarea estaba cumplida, que llegaban nuevos tiempos en la expansión de PRISA para los que hacía falta alguien distinto, más joven y con otra visión empresarial. Dejó la presidencia de la sociedad en manos de Polanco, aunque mantuvo la presidencia honorífica y, todavía durante un tiempo, la de El País S. A. Se fue afirmando que había sido «una aventura que mereció la pena» (*El País*, 20 de junio de 1984) y recordándole a Cebrián la responsabilidad que le incumbía por la influencia que el periódico había alcanzado, convertido ya en líder de la prensa española. En los años siguientes, aunque pudiera discrepar en ocasiones, se lo señaló en privado tanto a Polanco como a Cebrián, y estuvo siempre dispuesto a salir en defensa del periódico, especialmente en los momentos en que fue objeto de polémicas y ataques públicos.

Se dedicó entonces a escribir. «Yo no he escrito» —le dijo a Soler Serrano en aquella entrevista— «yo me he dedicado a que los demás escriban, pero todo editor tiene un libro dentro que algún día dará». Él tenía más de uno. Escribió con frecuencia en *El País*, brindando recuerdos y rindiendo homenaje a muchos otros escritores, ingenieros, amigos que le acompañaron en sus tareas y también reflexionando sobre sus pasiones, como el periodismo. Escribió una novela, *El área remota* (1986), y dos libros de cuentos, *Relatos en espiral* (1990) y *Amores de cinco minutos* (1996), además de dos libros dedicados a su familia materna y paterna: *Historia probable de los Spottorno* (1992) y *Los Ortega* (2002), que consiguió terminar y cuya presentación se convirtió en un homenaje póstumo.

Este libro ha sido una iniciativa de sus hijos, José, Inés y Andrés, que me pidieron que la coordinara, y fue acogido con entusiasmo y generosidad por Alianza Editorial y por su directora, Valeria Ciompi. Entre todos hemos querido recoger el testimonio de alguno de sus amigos más próximos, junto a textos de filósofos, historiadores y escritores que le conocieron personalmente o que han trabajado sobre el tiempo que le tocó vivir y sobre sus empresas. También hemos reproducido algunos textos escogidos entre los que él mismo escribió: cartas, artículos en la prensa, intervenciones o entrevistas.

Javier Zamora Bonilla, profesor de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid, así como director del Centro de Estudios Orteguianos en la Fundación Ortega-Marañón, autor de *Ortega y Gasset* (Barcelona, Plaza y Janés, 2002) y miembro del equipo editor de las *Obras completas* del filósofo (Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004-2010), toma a su cargo acercarnos a la biografía de José Ortega Spottorno.

José Lasaga Medina, profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Educación a Distancia y autor de *José Ortega y Gasset. Vida y filosofía (1883-1955)* (Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, 2003), escribe sobre la relación entre José Ortega Spottorno y su padre, una relación sin la cual resulta imposible entender las iniciativas del hijo.

Diego Hidalgo, filántropo, intelectual y empresario, fundador y presidente de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE), recuerda la amistad entre las dos familias, y la suya especial con él, así como su colaboración en momentos felices y también en los difíciles, en Alianza Editorial y como accionista y consejero de PRISA.

Francisco García Olmedo, ingeniero agrónomo, catedrático de la Universidad Politécnica de Madrid y miembro de la Real Academia de Ingeniería, rememora los estudios de José Ortega Spottorno en la escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos y las segundas vocaciones despertadas en él y en otros que fueron sus compañeros.

Azucena López Cobo, profesora investigadora de la Fundación Ortega-Marañón y miembro del equipo editor de las *Obras completas* de Ortega y Gasset, presenta una investigación sobre las dificultades y los logros en el empeño de recuperar la editorial Revista de Occidente desde la inmediata posguerra civil.

Santos Juliá, catedrático de Historia Política y de los Movimientos Sociales, es autor de numerosos libros sobre la historia política e intelectual de la España contemporánea, entre ellos *Historias de las dos Españas* (Madrid, Taurus, reed. 2010) y *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifestos y protestas (1896-2013)* (Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014). Su texto constituye una interpretación de la década de los años sesenta, del desarro-

llo y el cambio social, de los conflictos y el horizonte político de las fuerzas del régimen franquista y de la oposición, una década clave en la trayectoria de José Ortega Spottorno que introduce los siguientes tres capítulos.

En el primero de ellos, Juan P. Fusi Aizpurua, catedrático de Historia Contemporánea y miembro de la Academia de la Historia, autor, entre otros libros, de *Breve historia del mundo* (Barcelona, Galaxia Gutenberg, reed. 2016), *Historia mínima de España* (Madrid, Turner, 2012), *El efecto Hitler. Una breve historia de la Segunda Guerra Mundial* (Madrid, Espasa, 2015), presenta la reaparición de la *Revista de Occidente* en su segunda etapa, precisamente en la mencionada década de los 60, y del papel de la cultura en la conquista de espacios de libertad.

En el segundo, a José María Guelbenzu, escritor, autor de numerosas novelas y crítico literario, en su día director de la editorial Taurus y también de Alfaguara, que también conoció a fondo el mundo editorial de aquella época y sus protagonistas, le ha correspondido escribir sobre lo que significó Alianza Editorial, tanto El Libro de Bolsillo como el resto de sus colecciones.

El tercero y último, del que me he encargado, está dedicado a la que fue también la última de sus iniciativas: la fundación de una sociedad, PRISA, cuyo objetivo fundamental fue la publicación de un periódico diario moderno e independiente. Así nació *El País* que, para propios, pero sobre todo para extraños, también para los editores y directores de algunos de los más importantes diarios extranjeros de entonces, logró convertirse en un tiempo récord en el primer periódico español.

«Los candidatos por excelencia» —en el ámbito de la cultura— «a ese género vicario de inmortalidad que es la fama son los filósofos,

ensayistas, investigadores, músicos, poetas, cineastas o narradores cuya obra creativa hace mejores más sabios y menos infelices a sus contemporáneos o a sus descendientes. Pero la división social del trabajo también concede un lugar en ese Olimpo —aunque sea secundario— a quienes consagran vocacionalmente su vida a difundir, conservar o promover las obras ajenas.»

Con esas palabras despidió Javier Pradera a José Ortega Spottorno en las páginas de *El País* («Las dianas del arquero», 19 de febrero de 2002), cuando murió aquel promotor de obras ajenas. Al final dejó también las suyas propias, las que escribió en sus últimos años. Esperamos, con este libro, haber contribuido a mantener su recuerdo y el de aquella época de grandes cambios que le tocó vivir.



José Ortega y Gasset con su esposa, Rosa Spottorno, y sus hijos en la terraza de la casa de Serrano número 47 (1920). (A la izquierda se encuentran Miguel y Soledad; a la derecha, José.)

Vida y vivencias de José Ortega Spottorno: Tradicón e innovaci3n en la cultura espa1ola (1916-2002)¹

JAVIER ZAMORA BONILLA

La felicidad de la infancia: familia y vocaci3n

«Los primeros besos paternos los recibí por cable», solía contar José Ortega Spottorno, que nació el 13 de noviembre de 1916. Su madre, Rosa Spottorno Topete, mandó poner un telegrama al padre ausente, y éste, el filósofo José Ortega y Gasset, contestó «entusiasmado» desde el otro lado del Atlántico con besos para el recién nacido². Se encontraba en Argentina desde julio, invitado por la Instituci3n Cultural Espa1ola de Buenos Aires para impartir una serie de conferencias, que tituló «Introducci3n a los problemas actuales de la filosofía», y un seminario sobre la kantiana *Crítica de la raz3n pura*. El éxito obtenido en los mismos le obligó a alargar la estancia con otras conferencias en la ciudad porte1a, en varias provincias argentinas y en Montevideo, la capital uruguaya, por lo que no llegó a Madrid para el nacimiento de su tercer hijo. Miguel, en 1911, y Soledad, en 1914, le precedieron.

Este viaje a América situó al joven filósofo espa1ol en un plano de reconocimiento internacional, de momento hispanoamericano, que confirmó su liderazgo en la que sería conocida como Genera-

ción de 1914. Él fue la voz de un centenar de integrantes de la misma, agrupados en la Liga de Educación Política Española, cuando ésta se presentó al público en el Teatro de la Comedia de Madrid el 23 de marzo de 1914 con una conferencia titulada «Vieja y nueva política». A finales de julio de ese mismo año, sus *Meditaciones del Quijote* mostraron la capacidad literariamente creativa y la profundidad del pensamiento de este catedrático de Metafísica de la Universidad Central, el cual desarrolló en los años posteriores una de las filosofías más importantes del siglo xx: el método de la razón vital e histórica. Su pluma era bien conocida porque desde 1902 aparecía con frecuencia en la prensa y pronto fue un intelectual de referencia obligada. Su fama se reconfirmó en los años siguientes con libros como la primera entrega de *El Espectador* (1916), publicado poco antes de su viaje a Argentina, *España invertebrada* (1922), *El tema de nuestro tiempo* (1923), *La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela* (1925) y *La rebelión de las masas* (1930), que supuso la consagración internacional de su autor cuando fue traducido enseguida al alemán y al inglés y poco después a las más diversas lenguas.

El padre de Ortega y Gasset y abuelo de Ortega Spottorno era José Ortega Munilla, periodista, escritor, miembro de la Real Academia Española desde 1902 y diputado desde 1901 en varias Cortes. Se hizo famoso cuando en 1879 alcanzó la dirección de la página literaria *Los Lunes*, de *El Imparcial*, principal periódico liberal de la época, propiedad de la familia de la que sería su mujer, Dolores Gasset y Chinchilla. El diario fue fundado por el padre de ésta, Eduardo Gasset Artime, en 1867, por entonces en la órbita de la Unión Liberal de O'Donnell. Gasset participó en la revolución de septiembre de 1868 y apoyó, con Juan Prim, la monarquía de Amadeo de Saboya, que le nombró ministro de Ultramar. Aunque no fue partícipe de la Restauración de Alfonso XII, consiguió convertir *El Imparcial* en el

más importante periódico liberal de aquella época. Murió en 1884, muy joven, por lo que su hijo Rafael Gasset, con apenas 18 años, tuvo que hacerse cargo de la empresa, para lo que contó con la ayuda del director de *El Imparcial*, Andrés Mellado, y de su cuñado Ortega Munilla, que más tarde, en 1900, pasó a dirigir el periódico. En 1906 se constituyó el llamado *trust* de la prensa, la Sociedad Editorial de España, que agrupaba a *El Imparcial*, *El Liberal*, *Heraldo de Madrid* y otras publicaciones de provincias que sumaban una tirada de más de 400.000 ejemplares. Ortega Munilla fue su vicepresidente —la presidía Miguel Moya, de *El Liberal*—, en representación de los intereses de su cuñado Rafael Gasset, quien desde 1900 se dedicó activamente a la política y fue ministro, casi siempre de Fomento, en diez ocasiones hasta 1923. Su nombre está asociado a los primeros planes hidrológicos y la construcción de pantanos que había impulsado el ideario regeneracionista desde finales del siglo XIX.

El pequeño José no pudo disfrutar mucho de su abuelo Ortega Munilla porque falleció en 1922, cuando él apenas contaba con seis años, aunque recordaba algunas anécdotas suyas de sus visitas a su casa de la calle de Claudio Coello número 81. Cuando nació José Ortega Spottorno las relaciones de los Ortega con *El Imparcial* y la rama Gasset de la familia atravesaban dificultades. Ortega Munilla salió del periódico en 1911 y su hijo Ortega y Gasset lo hizo en 1913 tras publicar un artículo titulado «De un estorbo nacional»³, en el que calificó así al Partido Liberal, uno de cuyos grupos acaudillaba su tío Rafael Gasset. La puesta a su servicio de *El Imparcial* acabó socavando la credibilidad de este periódico, según recordaría el propio Ortega Spottorno. Ortega y Gasset sólo volvió a publicar en el diario familiar en 1917, cuando el empresario Nicolás María de Urgoiti quiso hacerse con su control para convertirlo en punta de lanza de un gran proyecto editorial que satisficiera los intereses comerciales

de la Papelera Española, que también dirigía. Contó entonces con Ortega y Gasset, quien seguía manteniendo acciones en la empresa por parte de su madre, y lo incorporó al Consejo Editorial, pero un artículo suyo titulado «Bajo el arco en ruina»⁴, publicado en junio y en el que pedía convocar Cortes Constituyentes, echó al traste el proyecto. Ortega y Urgoiti salieron de *El Imparcial* porque los Gasset y varios políticos, invocando incluso la mediación del joven rey Alfonso XIII, impidieron que el acuerdo firmado se plasmase en escritura pública. Del fracaso de esta iniciativa nació unos meses después, en diciembre, *El Sol*, que se convirtió en el gran diario del momento, con Ortega como una de las anónimas plumas editoriales hasta 1920, y articulista y principal cabeza pensante de la Redacción. En marzo de 1931, otro artículo suyo nuevamente, «El error Berenguer»⁵, publicado en noviembre del año anterior y en el que hacía un llamamiento para derrocar la Monarquía, obligó a su autor y a Urgoiti a abandonar la empresa, en la que habían surgido disputas por el control de la misma y por la línea editorial. Este gran diario, liberal y reformista, fue para José Ortega Spottorno referencia ineludible para sus propias empresas, pero no adelantemos acontecimientos.

A *Los Ortega* dedicó Ortega Spottorno su último libro, publicado ya de forma póstuma en 2002, año de su muerte. Diez años antes, había hecho lo propio con la otra rama familiar en su *Historia probable de los Spottorno*⁶, una familia que llegó a España a finales del siglo XVIII procedente del norte de Italia. Su descendiente los define como «representantes paradigmáticos de la burguesía liberal, tercetos creyentes [...] en la libertad y el progreso»⁷. Instalados en Cartagena y dedicados al comercio y la minería, hicieron fortuna y desempeñaron puestos políticos y diplomáticos. Varios ocuparon cargos consulares de diversos países, que otorgaron una posición y unas relaciones, desde que los desempeñó su bisabuelo Bartolomé Spottorno a

partir de la década de los 40 del siglo XIX. Fue este mismo antepasado quien alcanzó la alcaldía en 1855, tiempos del Bienio progresista, con los que se identificó, y luego en el primer Ayuntamiento democrático del Sexenio. Admirador de Juan Prim, llegó a ocultarle en su casa de La Palma, a diez kilómetros de Cartagena, en una de sus necesarias huidas de España tras un frustrado pronunciamiento antes del éxito de la Revolución Gloriosa de 1868. Don Bartolomé fue de los que recibió a Amadeo de Saboya en Cartagena, desolados todos por el asesinato del general que tanto había hecho para que el príncipe italiano alcanzase el trono de España. Bartolomé Spottorno aceptó la República sin mucho convencimiento y se opuso con él al cantón cartagenero. En su finca de La Palma, se instaló el general Martínez Campos durante el sitio de la ciudad que puso fin a la revuelta confederal. Con la Restauración, volvió a ser alcalde en 1881, aupado por los seguidores del liberal-fusionista Práxedes Mateo Sagasta. Los Spottorno pusieron su nombre en las principales instituciones de la sociedad civil de Cartagena: la Económica de Amigos del País —que propició una Caja-Banco de la que don Bartolomé fue vocal de su Junta Directiva—, la Cofradía de los Cuatro Santos, el Hospital de la Caridad, la Casa de la Misericordia, la Junta de Comercio y, naturalmente, el Casino. Entre sus iniciativas, estuvo la de promover la llegada del ferrocarril a la ciudad. La explotación se adjudicó a José de Salamanca, con quien la familia tuvo una buena relación y participó en este negocio.

Uno de los hijos de don Bartolomé, Juan Spottorno y Bienert, fue abuelo de nuestro biografiado. Se marchó a Madrid para cursar la carrera de Derecho en la Universidad Central, pero volvió a Cartagena, donde ejerció de abogado y juez de instrucción. Se casó con Josefina Topete y Cavaillon, hija del contraalmirante Ramón Topete y Carballo, entonces Capitán General de Cartagena, hermano del más